


Tú también puedes tener un cuerpo como el mío

ALEXANDRA KLEEMAN

Traducción de Irene Oliva Luque e Inés Clavero

gatopardo ediciones 

Título original: *You Too Can Have a Body Like Mine*

Copyright © 2015, Alexandra Kleeman

The right of Alexandra Kleeman to be identified as the author of this work has been asserted by her in accordance with the Copyright, Designs and Patents Act 1988

© de la traducción: Irene Oliva Luque e Inés Clavero

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U, 2020

Rambla de Catalunya, 131, 1^ª-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo de 2020

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © *Bloom* de Andrea Torres Balaguer (2018)

Imagen de la solapa: © Fred Tangerman (2019)

ISBN: 978-84-121414-0-5

Depósito legal: B-2375-2020

Impresión: Reinbook serveis gràfics, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Terry y Faye

«Diríase que la orquídea imita a la avispa, cuya imagen reproduce de forma significativa (mímesis, mimetismo, señuelo, etc.). [...] Al mismo tiempo se trata de algo totalmente distinto: ya no de imitación, sino de captura de código, plusvalía de código, aumento de valencia, verdadero devenir, devenir avispa de la orquídea, devenir orquídea de la avispa.»

Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia

DELEUZE y GUATTARI

«Dichoso el león que al ser ingerido por un hombre se hace hombre; abominable el hombre que se deja devorar por un león y este se hace hombre.»

Evangelio de TOMÁS

CAPÍTULO 1

¿Es verdad que por dentro somos más o menos iguales? No quiero decir psicológicamente. Me refiero a los órganos vitales, el estómago, el corazón, los pulmones, el hígado: a su ubicación y su función, y a la forma en que un cirujano que hace una incisión no piensa en mi cuerpo en particular sino en un cuerpo cualquiera, representado como un corte transversal en las páginas de un manual de medicina. El corazón que hay en mi cuerpo podría extraerse y colocarse en el tuyo, y esta parte de mí que yo he incubado seguiría viviendo, bombeando sangre ajena a través de canales ajenos. En el recipiente justo, puede que nunca notara la diferencia. Por la noche me tumbo en la cama y, aunque no pueda tocarlo o cogerlo con la mano, siento cómo mi corazón se mueve dentro de mí, demasiado pequeño para llenar el pecho de un hombre adulto, demasiado grande para el pecho de un niño. Leí un artículo de prensa sobre un hombre en Rusia que había empezado a esputar sangre; en una radiografía detectaron una masa en el pecho con una forma que se expandía, con flecos en los bordes. Pensaron que se trataba de un cáncer, pero cuando lo abrieron encontraron un abeto de quince centímetros arraigado en el pulmón izquierdo.

Dentro de un cuerpo no hay luz. Una humedad concentrada que hace presión sobre sí misma, formas que se empujan unas contra otras sin ninguna noción de dónde están. Se rompen en la aglomeración, se deshacen. Te llevas la mano al estómago y presionas sobre la blandura, tratando de escuchar con los dedos lo que ha fallado. Dentro podría haber cualquier cosa.

No resulta en absoluto sorprendente, por lo tanto, que nos preocupemos de nuestra superficie más que de ninguna otra cosa: solo ella nos distingue a unos de otros, y es muy frágil, del grosor del papel.

Estaba en mi habitación, de pie frente al espejo, pelando una naranja. Sostenía su peso exacto en la palma de la mano, y le clavaba una uña en la capa superior. Hendí un dedo bajo su piel hasta sentir la carne fresca, luego hurgué con ese dedo una y otra vez. La cáscara se desgarró produciendo un sonido suave y algodónoso, la piel un fragmento terso y romo despegándose de la fruta. Me puse las lentillas y pestañee frente al espejo. La mayoría de las mañanas apenas me parecía a mí misma: era como despertarse con una extraña. En el momento en que alcanzaba a ver mi cuerpo, enredado y pálido, era como si hubiera una intrusa en mi habitación. Sin embargo, mientras me vestía y me maquillaba, al aplicar sobre mi piel los pequeños líquidos coloreados y ver cómo la mano del espejo se movía al ritmo de la mía, restablecía la conexión con el rostro que sacaba a la calle y con el que me dirigía a quienes me rodeaban. Mi mano arrancaba un pedazo de pulpa y lo introducía en el espacio entre mis labios. El zumo me chorreaba por el borde de la palma. Como la luna, mi boca en el espejo parecía tener un aspecto algo distinto cada día. Era verano, y el calor aún no se nos pegaba por completo al cuerpo, volviéndonos pegajosos y húmedos, atrapándonos en un traje que odiábamos llevar puesto.

A través de la ventana abierta se coló una brisa que olía a césped y a flores cortadas, y oí a la gente en la calle que se marchaba de casa. Las puertas de sus coches se abrían y se cerraban; al salir, los neumáticos removían la gravilla del camino de entrada y ellos desaparecían durante ocho o nueve horas para luego regresar menos frescos, con los puños desabotonados y sueltos. Me gustaba dejar que el ruido del vecindario se colara en mi sueño hasta hacer que las cosas volvieran a ser reales. Me gustaba salvo cuando lo odiaba: odiaba lo cerca que estaban las casas unas de otras, odiaba que la primera cosa del exterior que avistaba cada mañana fuera la cara hinchada de mi casera asomando la cabeza por la puerta para agarrar el periódico. Vivía debajo de nosotras, pero desde determinados ángulos podía ver directamente nuestra vivienda. Todos los días se agachaba para recogerlo, en ese momento se daba la vuelta y estiraba el cuello para echar un vistazo por la ventana de mi dormitorio y comprobar si había pasado la noche en mi habitación. Su peinado agresivamente cambiante, caoba una semana y con mechaz rubio ceniza la siguiente, no dejaba claro si tenía pelo de verdad o llevaba peluca, y, en el caso de que fuera una peluca, si dormía con ella o no. B, mi compañera de piso, decía que era como una prófuga dentro de su propia casa, alguien que vivía huyendo pero sin ir a ninguna parte.

En la casa de al lado vivían un par de universitarios que dejaban la televisión encendida a todas horas, incluso cuando se iban a clase, a trabajar o a cumplir con las responsabilidades que tuvieran. Su pantalla resplandecía durante toda la noche, proyectando luz azul sobre un sofá vacío. Solo se oscurecía cuando los chicos estaban en aquel tercer dormitorio, el único que no se veía desde nuestro piso. A veces, para variar, B y yo veíamos la tele de su casa en vez de la nuestra, aunque a esa distancia no podíamos

más que intentar adivinar lo que estábamos viendo, cambiando de canal en la nuestra para encontrar el mismo.

Al otro lado de la calle vivía una familia con un perro que dormía casi todo el día, aunque cada tarde echaba a correr en diversas ocasiones y se lanzaba contra las ventanas delanteras, aplastando el hocico contra el cristal y ladrando hasta que los sonidos que emitía se deformaban y enronquecían. Yo me levantaba de mi escritorio para ver qué pasaba, pero nunca había nada que ver, ni tan siquiera una ardilla. Entonces, a veces, nuestras miradas se cruzaban, la del perro y la mía, y nos quedábamos mirándonos de un lado al otro de la calle, sin saber qué hacer.

Era un barrio seguro. No había nada de lo que pudieras quejarte sin parecer una loca. El sol brillaba y se oían pájaros escondidos en los árboles, desbordando los matorrales de sonidos al moverse, de trinos y gorjeos, doblando las ramitas bajo el peso de sus pequeños cuerpos.

Desde el otro lado de la puerta del dormitorio llegaban ruidos sordos. Era B moviéndose por nuestro piso: un golpecito desde la sala de estar, luego otro, y después el sonido de algo arrastrado por el suelo. La oí ir a encender la cafetera y luego cambiar de idea, abrir el frigorífico y luego cambiar de idea otra vez. De pie y quieta en medio de mi habitación, intenté calcular cuánto podía moverme sin que ella se enterara de que yo estaba viva. No podía imaginarse que estuviera despierta tan temprano por la mañana, pero eso no impedía que se detuviera para comprobarlo cada cinco o diez minutos, que se detuviera para cerciorarse de los ruidos de alguien en vela. En ese momento, a veces, se sentaba cerca de la puerta, con la oreja pegada a la jamba, y se ponía a hablar conmigo a través de ella como si estuviéramos manteniendo una conversación normal. Me hablaba hasta que yo respondía. B decía que se sentía sola en el piso

cuando yo no estaba despierta. Decía que si estaba dormida, era como si estuviera muerta. Se refería a la compañía, a la interactividad, a mi capacidad de ayudarla a prepararse el desayuno. Cuando B comía, que no era siempre, prefería tocar la comida lo menos posible para que sus manos no entraran en contacto con lo que ella llamaba «ese olor comestible». Necesitaba mis manos para cortar, para exprimir, para manipular, para romper huevos y tirar sus cáscaras viscosas a la basura.

Tanto B como yo éramos menudas, pálidas y propensas a quemarnos con el sol. Teníamos el pelo moreno, la barbilla afilada y las muñecas flacuchas; calzábamos un treinta y seis de pie. Si nos reducías a cada una a una lista de adjetivos, resultaríamos casi equivalentes. C, mi novio, decía que por eso me gustaba tanto, que por eso pasábamos tanto tiempo juntas. C decía que todo lo que yo buscaba en una persona era una iteración más de mi persona que fuese tan legible para mí como lo era yo misma. Cuando lo decía me daba la impresión de que me estaba llamando vaga. B y yo éramos parecidas, hablábamos parecido, ya está. A ojos de un desconocido que nos viera desde cierta distancia mientras serpenteábamos de forma confusa por el supermercado, cogidas de la mano, podríamos parecer la misma persona. Pero desde dentro yo veía diferencias por todas partes, aunque solo fueran diferencias de escala. Nuestro aspecto era juvenil, pero la forma en que a ella le daban bajones por cualquier cosa que hiciera le confería un aire extraviado, infantil. Teníamos los mismos ojos castaños, pero los suyos estaban más hundidos en el cráneo, incrustados de forma que desaparecían bajo la sombra de sus cejas. Éramos delgadas, pero B hasta un punto catastrófico: la había ayudado a subirse la cremallera de un vestido, le había sujetado el pelo por detrás y rozado la nuca con los dedos mientras ella vomitaba el contenido de su estómago en el

fregadero. Sabía cómo eran sus huesos y cómo se notaban al moverse justo por debajo de la piel.

Cada vez que se me ocurría algo bueno que decir sobre ella, o algo malo, C se limitaba a encogerse de hombros y a decir que lo pensaba únicamente porque nos parecíamos demasiado. Su poco conocimiento de mí era crónico. B era frágil, estaba enferma y necesitaba que la cuidaran. Estaba desnutrida, tocaba los objetos como alguien que no poseyera nada en el mundo. Compadecerla me hacía salir de mí misma, alejarme de mis propios problemas. B estaba tallada con mi forma y mi tamaño, como una trampilla: lo bastante parecida para poder imaginarme dentro de ella, lo bastante distinta para convertir esa fantasía en una vía de escape.

Aquella mañana, no obstante, mientras escuchaba su voz al otro lado de la puerta, deseé haberme esforzado más en marcar nuestras diferencias. Cuanto más la veía, más me echaba de menos B. Bajo su escrutinio sentía constantemente el peso de mi propia presencia y me cansaba de mí misma, me irritaba, de forma que por las mañanas cada día esperaba un ratito más antes de salir de mi habitación, intentaba posponer el volver a integrarme en el constructo de mi vida. Su afecto generaba en mí el deseo de que dejara de quererme, de que me dejara tranquila, de que me permitiera sentir el mismo afecto por ella que sentí cuando se mudó, inofensiva y triste, cuando me sentía generosa por intentar pensar en por qué estaba triste y que se me ocurriera alguna forma de hacerla feliz.

Desde el pasillo que llega hasta mi dormitorio, con la boca pegada a la pizca de espacio entre la puerta y la moldura, B hablaba:

—Iba a preparar café para las dos, pero se nos ha acabado.

»Necesito que me ayudes a decidir qué zumo debería tomar. ¿Cuál es el que tiene menos radicales libres? ¿El zumo contiene plomo?

»¿Alguna vez te ha salido uno de esos lunares con relieve? ¿Esos lunares con relieve tienen sensibilidad? ¿Igual que la tienen los dedos y otras partes del cuerpo?

»Anoche soñé que las dos éramos pájaros a los que les faltaban las alas, pero nos ayudábamos la una a la otra a escapar de una caja. Cuando lo lográbamos estábamos tan contentas que queríamos celebrarlo, pero no sabíamos cómo demostrarlo. No teníamos extremidades.

En la tele echan un anuncio en el que una mujer, mientras se aplica un nuevo exfoliante facial a base de cítricos, empieza a rascarse un lado de la cara y descubre que tiene bordes, resecos y ligeramente rizados como papel viejo. Mirando a la cámara, agarra esos bordes y los levanta hasta que despega toda la superficie de su rostro produciendo un sonido parecido al del papel film para alimentos al despegarse. Debajo hay otro rostro idéntico al suyo pero más bello. Es más joven y lleva un maquillaje mejor. Podrías pensar que tal vez quiera detenerse aquí y empezar a sentirse feliz consigo misma y con su nuevo aspecto. Pero no se detiene: en vez de eso, agarra un lado de su rostro y empieza a despegarlo de nuevo, y esta vez la cara que hay debajo es aún más bella, y ella dedica una sonrisa delirante a la cámara de lo contenta que está. Y vuelve a despellejarse, pero esta vez lo que hay debajo es un vídeo de las olas del mar rompiendo contra una playa de arena, y su mano lo despelleja todo de nuevo, y nos quedamos mirando un bosque de hoja caduca hasta el que se filtran pequeños haces de luz y de sol.

Luego se vuelve directamente hacia la cámara y se despega la cara en el sentido contrario, y el rostro que hay debajo pertenece a la famosa actriz que representa a la marca. Durante todo el anuncio ha sido su voz la que hemos oído hablándonos de los efectos hidratantes y los ingre-

dientes naturales, de cuánto te encantará tu nuevo yo. No pregunta qué le ocurrió a la otra mujer, la mujer que apareció antes que ella. Con sus dientes blancos y perfectos muestra una sonrisa preciosa.

En la pantalla aparecen las palabras: TRUBEAUTY. TRUSKIN. TU VERDADERA PIEL ESTÁ EN TU INTERIOR.

B quería probar el producto, dijo que podía comprarse en cualquier sitio. Pero B odiaba comprar. Prefería pedirse-lo prestado a otra persona, aunque sus padres tuvieran tres coches y un caballo y todos los meses le enviaran un cheque para el alquiler. Cuando le preguntaba por qué siempre trataba de necesitar más cosas de las que necesitaba, respondía que pedir las prestadas te acercaba a los demás, mientras que comprarlas te hacía sentir más sola. Fue así como acabé yendo con B a un supermercado Wally's que abría las veinticuatro horas y quedaba a quince minutos de casa una noche en la que decenas de adolescentes rondaban por el aparcamiento sin motivo aparente, posados misteriosamente como cuervos, con la mirada fija y sin pronunciar palabra.

Dentro de la tienda no había nadie más que los empleados Wally con su extraño uniforme: polo rojo, pantalones caqui y una descomunal cabeza de gomaespuma con la forma de la mascota adolescente de la tienda. Parecían mostrar curiosidad por nosotras, o recelo, o aburrimiento. Mientras deambulábamos por los pasillos, empecé a sentirme observada. Cada vez que volvía la vista, había un Wally a unos seis metros detrás de mí, unas veces reordenando los artículos en los anaqueles, pero otras simplemente mirándome. Se lo conté a B, pero ni se inmutó.

—Pues claro que nos vigilan. Es probable que piensen que vas a robar algo —dijo.

—¿En serio? —pregunté. No era consciente de ser el tipo de persona que podría robar algo.

—Es su trabajo —respondió—. Pero son idiotas. Hay muchas más posibilidades de que la que robe sea yo. —Me sonrió con dulzura: así era mi mejor amiga.

Luego compré el exfoliante facial para prestárselo a B, a pesar de que me ponía nerviosa lo que pudiera provocar en mí.

Cuando llegamos a casa me apliqué el producto en toda la cara y el cuello en el cuarto de baño, notando cómo hacía espuma en contacto con mi piel mientras B me miraba sentada en el borde de la bañera, tensa y sin pestañear. Cuando acabé fui hasta el espejo para comprobar en qué me había convertido. No vi la prometida subexfoliación biotransformadora, pero supe que algo había ocurrido porque los labios me escocían y yo olía a fresco de lima limón. B se me acercó y con indecisión me puso la palma de la mano sobre una de mis mejillas exfoliadas, luego sobre la otra, y luego me preguntó si me sentía distinta. Mientras le contestaba, de repente me di cuenta de que no me estaba escuchando, ni siquiera me estaba mirando, sino que su mirada me esquivaba e iba dirigida directamente al espejo del botiquín, a la vez que se tocaba los lados de la cara y se acariciaba la mejilla con expresión ausente. En su rostro se dibujaba algo que podía confundirse con una sonrisa.

Trabajaba cuatro días a la semana como correctora para una empresa local que publicaba varias revistas y boletines informativos. Podía escoger los cuatro días que quisiera, pero alguien decidía por mí todo lo demás. Pese a que corregir implica leer, lo que se esperaba de mí era algo menos que eso: comprobar que la puntuación era correcta y que las palabras ocupaban un lugar que tenía sentido, pero sin pretender comprenderlas, pues para una corrección eficiente el significado suponía un obstáculo que mis supervisores esperaban que yo eludiera. Yo corregía todo lo que pasaba

por la oficina, por lo que si había errores en *Pasión Marinera* o *Plásticos Nueva Era*, era mi culpa por haber permitido que se me colaran.

Todas las mañanas caminaba cuarenta minutos hasta el trabajo por el arcén de la carretera, kilómetros que habría tardado tan solo unos pocos minutos en recorrer en coche. Pasaba por ocho gasolineras y dos supermercados Wally's, idénticos salvo porque el segundo contaba con un centro de jardinería anexo, una sección acordonada del asfalto del aparcamiento llena de macetas de caléndulas de idéntico color. Los días en que casi todo el mundo estaba enfermo, podía trabajar en el cubículo que quisiera, pero siempre elegía el mismo, el de los colaboradores externos. En medio de la calma de la oficina vacía oía el leve silbido del aire acondicionado que salía de los conductos de ventilación. Tenía la sensación de que experimentaba el mundo como solo podía hacerlo alguien que no existiera. Había tres tipos de errores: de repetición, de sustitución y de omisión. Cuando llegaba a casa, el trabajo parecía un sueño largo y monótono cuyos detalles no recordaba. Me despegaba los pantalones húmedos y polvorientos de las piernas y me tumbaba encima de la cama, sudando. Lo único que quería era dormir.

El jueves anterior pasó como todos los demás, salvo porque me eché una siesta durante la pausa del almuerzo, gateé hasta debajo del escritorio para dormir durante treinta minutos sobre una alfombra de pelo corto y tieso de oficina. Cuando regresé a casa todavía tenía sueño y me derrumbé encima de la colcha para echar una segunda cabezada. Llevaba solo unos minutos así cuando oí que llamaban a la puerta. Allí estaba B de pie, con una expresión ansiosa en el rostro, los ojos grandes y llorosos, los labios hundidos por las comisuras. Parecía una persona que acabara de revelar un secreto. Sus manos se aferraban a algo oscuro. En contacto con sus dedos blancos delgados, parecía una cade-

na enrollada o un barrote engrasado de una traviesa, algo viejo y preciso, diseñado para sujetar una cosa en su sitio.

—Estaba durmiendo —dije.

—¿Quieres esto? —respondió ella.

Su entonación bajó como si no fuera una pregunta, sino un hecho que ella simplemente verbalizaba. Tendió las manos unos centímetros hacia delante.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Al mirarlo más de cerca, vi que sujetaba una cuerda de sesenta centímetros de pelo humano: moreno, grueso y trenzado. La trenza viajó de sus manos a las mías, y luego sentí una repentina suavidad sobre mi piel que me pilló desprevenida. Me lo había entregado como quien entrega un bebé, sosteniendo los dos extremos con las manos ahuecadas, pasándolo con delicadeza a las mías. Me sentí confundida, seguía sin entender lo que ocurría y no era capaz de deducir si la cosa que veía en mis manos era compacta o ligera, estaba húmeda o seca. La trenza yacía sobre mis palmas, blanda y móvil, lacia e invertebrada. Bajé la vista. Caía pesada, pero con una tensión activa, un cordón nervioso que se combaba levemente por el medio, donde no había nada que lo sostuviera. El cabello tenía un aspecto triste, desnudo y solitario, relucía con una luz aceitosa. Los extremos estaban sujetos por dos gomas elásticas rosas.

—Es tuya —dijo ella—. Quiero decir, ahora es tuya. Acabo de hacerlo.

—Has hecho esto... —dije yo, quedándome sin palabras.

—Lo he hecho para ti —dijo B, esbozando la bonita sonrisa de un niño sordo—. Lo que quiero decir es que quería hacerlo y no sabía por qué hasta que pensé en ti. Tú siempre estás bien. No tienes kilos de pelo que te cuelgan de la cabeza. Ya me siento mejor, más despejada. Mis ideas se oyen mejor.